

SI BIEN la educación en Cuba ha sido la principal prioridad desde 1959 y a su vez cuenta con un sistema educativo eficiente y educadores de alto nivel, en los últimos tiempos se ha tornado tan contradictorio como necesario el tema de la cobertura docente en el ámbito nacional y local.

En diversas regiones del orbe este no deja de ser un asunto de críticas y comentarios; mas aquí seguirá siendo una necesidad y disyuntiva si tenemos en cuenta que durante los últimos ocho años han abandonado las aulas más de 20 000 educadores, muchos en busca de mejores ingresos, según informó la Oficina Nacional de Estadísticas.

El 2018 fue testigo de la falta de profesores en las escuelas del país. Como bien declaró recientemente Ena Elsa Velázquez Cobiella, ministra de Educación, la disponibilidad de maestros cubrió un 93 por ciento de los alumnos.

Tal situación pone sobre la mesa causas como los bajos salarios que persisten en el sector y su conjugación con los altos niveles de vocación y dedicación que exige, lo que impide

Necesidad y disyuntivas

Por Casandra Almira Maqueira



alternativas como el pluriempleo para los maestros.

La Isla de la Juventud no queda exenta de la referida problemática, de ahí que en su caso sea de 292 docentes la necesidad hasta el cierre de noviembre último, lo cual indica que se debe seguir fortaleciendo la estrategia de promoción vocacional, proceso que de cara a tan compleja circunstancia encuentra aún limitaciones.

El contrato por hora, la contribución de 45 jóvenes universitarios a la tarea *Educando por Amor* y la reincorporación de 111 jubilados, figuran entre las alternativas adoptadas ante el déficit que afecta en el territorio desde

la primera infancia hasta la educación de adultos, en especial la Secundaria Básica y la ETP, donde la afectación es más sensible.

Este curso Cuba cuenta con 27 escuelas pedagógicas, pero cada vez resulta más difícil que los jóvenes se inclinen hacia carreras de ese perfil y completen el ciclo, así como mantener a los graduados frente al pizarrón, pues en su mayoría se divorcian de la profesión.

No es atípico encontrar una boleta donde las opciones relacionadas con ese perfil se encuentren entre las últimas de los que ingresan a la Universidad y los planes de plazas, elaborados a partir de las necesidades

existentes, no se cumplen cabalmente y por tanto, tampoco se forman los relevos necesarios para cubrir las aulas en el futuro.

Ante este panorama el Ministerio de Educación ha puesto énfasis en la capacitación de los profesores que cubren las aulas y en el trabajo vocacional desde las primeras edades para que los estudiantes vean en esa profesión un buen camino a seguir.

Se trata entonces de motivar desde la base —el nivel primario— a optar por carreras o especialidades pedagógicas y de igual manera vincular a la familia, aspirante siempre a que los hijos tengan “el mejor maestro”.

Ha de ser preocupación de todos, pues la ausencia de estos en la sociedad influye de forma directa en la calidad; se pueden poseer los mejores programas, planes y libros, pero se requiere de un educador preparado que haga realidad la concepción curricular.

Y, aunque lejano para muchos, urge también priorizar la resolución de los problemas salariales y de condiciones en este sector para evitar males mayores. Estas y otras medidas permitirán que la educación siga siendo un puntal de éxito y orgullo.

Cementerio en las afueras

ACABA de ser declarado Monumento Nacional el cementerio de los nor-teamericanos, huella de un tiempo de convivencias y luchas, a veces más abiertas por la soberanía sobre un territorio. Hay en ese cementerio, sin dudas, valores patrimoniales. Está situado en las afueras; lejos de la ciudad.

Pero el de Nueva Gerona ya tiene más de cien años, no pocos valores patrimoniales y algunos desafíos ambientales y constructivos.

El 15 de septiembre de 1830 se levantó el acta de colonización de Isla de Pinos, en la capital de Cuba. Esta fue publicada en el diario de La Habana el 22 de diciembre del propio año. De tal documento, de gran relevancia histórica, nos interesa destacar el artículo 11, relacionado con el campo santo: “Creación de un cementerio a sotavento de la ciudad y a una distancia tal que a pesar del incremento poblacional que experimentara la ciudad quedara siempre a suficiente distancia de la misma”.

He ahí el primer asunto, la ciudad creció tanto que ahora el cementerio no queda en las afueras, sino casi en el centro de esta, generando simbolismos y ciertos problemas; a su lado y separado por una calle, el hospital; en la otra

Por Julio César Sánchez Guerra*



esquina La Mecánica, centro recreativo que suele disparar música como un chorro de sonidos entre el sábado y las fiestas de turno; y para terminar, la parada donde salen y rinden viajes las guaguas que dan ruedas por la Isla.

Desde el cuarto piso del hospital, mientras intentaba dormir bajo un mosquitero, aislado por sospecha de dengue, se escuchaba clarito la animación cultural de La Mecánica; menos mal que esta vez nadie preguntó: “¿Dónde está la gente de Nueva Geronaaaaa?” Porque con toda probabilidad alguien, desde algún cubículo, podría haber respondido: “¡Aquí...!”

La cabecera local tiene más de 59 000 habitantes; ya el cementerio es pequeño para tantos vivos en turno. Teniendo en cuenta el envejecimiento de la población, el número de fallecidos por día podría aumentar en los años inmediatos.

Al realizar la exhumación se ubica el osario en pequeñas cajas que permanecen en un sitio cada vez más reducido, dificultando las acciones de localización. Existió un proyecto para hacer otro cementerio en las afueras de la ciudad. ¿Y el crematorio? Es muy complicada la opción de cremación en La Habana, pues antes hay que embarcarse en un catamarán, con poco tiempo y algunos trámites burocráticos.

¿Y el manto freático?, ¿suben demasiado las venas de agua en la profundidad del cementerio? ¿Es adecuada la atención a las personas que dan sepultura a nuestros muertos? Todo es importante. Lo cierto es que se necesitan acciones urgentes para enfrentar ese desafío de una población que creció como nunca imaginaron los españoles.

Siempre que sea posible, es necesario ubicarlo en las afueras de la ciudad, donde la música sea el canto de algún sinfón y resulte un lugar más tranquilo. Por lo pronto, en Nueva Gerona conviven la vida, la muerte, la fiesta y una parada de ómnibus, esperando partir en una guagua o para ese lugar al que mi abuela Mercedes llamaba “el reparto bocarriba”.

(*) Colaborador

La disciplina empieza por la casa

LA DUEÑA de la casa, en cuya justa entrada él acaba de tirar el envoltorio de un paquete de galletas de soda, salió a requerir al joven que solo prestaba atención al ruido de la música que desprendía su celular.

“Mi’jito, por favor, no me tires más basura ahí, puedes botarla en el cesto”, dijo la señora en un tono afable y respetuoso, mientras el joven hacía caso omiso, colgaba el móvil y soltaba como respuesta: “Mi tía, ese paquetico no muerde ni mata a nadie...”

Para mayor insolencia, el muchacho daba la espalda para seguir su camino, dejando estupefactos a la compañera y a quienes contemplaban lo sucedido.

Este hecho es apenas una de las tantas indisciplinas sociales que

encontramos en la sociedad.

No pueden seguir viéndose como algo normal que el vecino de al lado suba el volumen del equipo de audio hasta sobrepasar los niveles permisibles, que en plena calle pululen jabitas de nailon —incluso con heces fecales—, el maltrato a la propiedad social, niños vociferando palabras obscenas en la vía pública, entre otros ejemplos negativos.

Mucho afecta a la mayoría los carretoneros que transitan por las calles como si filmaran la quinta parte de la película *Rápido y furioso*, o

quienes descargan su incultura por doquier y agreden las luminarias del Paseo Martí.

Son actitudes que van en contra de las buenas costumbres, la convivencia, el respeto hacia los demás y de nuestros principios.

La batalla contra las indisciplinas sociales debe ser respaldada por un accionar más enérgico de la población y la aplicación rigurosa de medidas por parte de las autoridades responsabilizadas ante violaciones de este tipo.

A mi juicio, el comportamiento adecuado y el respeto son, ante todo, responsabilidad de la familia, célula fundamental de la sociedad. Como dijera el Apóstol: “La educación comienza en la cuna y termina en la tumba”.

Los padres, abuelos y demás integrantes del hogar son los primeros que deben enseñar a sus hijos a considerar al vecino, cuidar y velar por la propiedad social, a no arrojar basura en lugares inapropiados, a no realizar acciones que puedan lacerar la comunidad y terminen siendo vistos como malas personas.

Permitir tales conductas abre camino al irrespeto e indolencia que, si no se atajan a tiempo, pueden ser irreversibles y dañar tanto a la persona como a la sociedad.



Por Anaybi Dorticós Mayeta